

de hielo. El Derecho positivo es Derecho natural congelado; el último aparece así que el primero se quiebra o se derrite.

El libro termina con una indagación en torno a la misión del abogado como defensor de la justicia y, al propio tiempo, como titular de una situación de «parcialidad» sin «partialidad», pero absolutamente necesaria para la imparcialidad del juez, la cual no es sino la resultante de las parcialidades de los abogados.

En general, el libro de Goldschmidt, cualquiera que sea la adhesión o discrepancia que suscite en los detalles o en su actitud central filosófico-jurídica, denota un pensamiento maduro, una exhaustiva información y un fundamentación concienzuda, y su lectura, tanto para el jurista teórico como para el filósofo del Derecho, es tan sugeridora como provechosa.

LUIS LEGAZ

GUILLEAUME, Emil: *Überwindung der Masse*. Westdeutscher Verlag-Köln und Opladen, 1954; 157 págs.

El tema de la superación de la masa es uno de los temas que pudiéramos llamar tópicos en el horizonte intelectual de nuestro tiempo. Desde hace cerca de un siglo, las minorías intelectuales se quejan del creciente proceso de masificación. Desde la perspectiva actual, ya un poco fatigados de tantas discusiones sobre la presión de la masa y su proceso de embrutecimiento por causas de la nivelación espiritual, nos repetimos las preguntas acerca de este tema desde un punto de vista diferente, temerosos de que la fuerza inercial de las ideas seductoras haya contribuido a mantener como conceptos vigentes muchos que están ya realmente anticuados. En principio habría que ponerse de acuerdo acerca de lo que se entiende por masa, y, en sentido dinámico, por masificación. La masa en cuanto conjunto humano definido por una homogeneidad que obstaculiza o anula el proceso de la espontaneidad espiritual creadora de cada individuo, parece más una ficción que una realidad. Sin duda que en determinados momentos del pasado de Europa, el aumento casi repentino del nivel de vida de gran número de personas de los estratos económicamente peor dotados, y, sobre todo, la formación de inmensos suburbios urbanos, autorizan para pensar en la masificación a través de una homogeneidad tosca, tanto en las clases inferiores como en las superiores. Pero según el tiempo transcurre se va poniendo en claro que el aumento del nivel de vida y la participación de numerosos conjuntos humanos en los mismos espectáculos, en las mismas lecturas, en parecidos niveles culturales, no afecta a la espontaneidad espiritual. Ocurre en el fondo que las minorías directoras, que antes tenían una clara conciencia de su superioridad y distancia, se sienten ahora, por el mencionado aumento de nivel de vida y cultura, muy próximos a las masas de las que sólo las personalidades de excepción pueden diferenciarse profundamente. Masificación es, por



consiguiente, un término inventado por las minorías directoras para denotar que el aumento de nivel en los estratos inferiores, las ha, en cierto modo, desposeído de la superioridad exclusivamente social que las cualificaba como culturalmente privilegiadas. Hoy el hecho es evidente en cuanto las quejas contra la masificación y la masa son fórmulas de las mentalidades propicias a las frases hechas.

No es esto una crítica contra el libro de Emil Guilleaume, *La superación de la masa*, sino una introducción para que el lector comprenda cómo se buscan en este libro nuevos caminos que tienen poco que ver con los de antaño. Lo que Guilleaume quiere es defender un principio de igualdad que permite la participación en los mismos niveles culturales sin una excesiva masificación, es decir, a mi juicio, lo que el autor busca con la superación de la masa es la consagración de la masa y de la masificación perfeccionando las ventajas que la masificación lleva implícitas.

La tesis de Guilleaume parte de los siguientes supuestos: Hay tres grandes principios de *igualdad*, es decir, tres grandes principios según los cuales los hombres se sienten iguales: la *democracia*, el *nacionalismo* y el *socialismo*.

Sentirse iguales por la democracia quiere decir la participación igual, en el orden de la igualdad profunda, en la responsabilidad y en la dirección de los asuntos humanos. Ser iguales por nacionalidad significa la igualdad ante la ley que rige una comunidad o grupo jurídico político, y ser iguales ante el socialismo significa ser iguales en el orden económico y en el orden social. Frente a estas tres igualdades, ¿no habría otra que superase sus inconvenientes? Las igualdades mencionadas han contribuido a la masificación. Es más, se puede decir que su resultado es la masificación. El proceso histórico que Guilleaume estudia en unas páginas de síntesis sumamente valiosas demuestra la inexorable tendencia a la masificación implícita en estas formas cuando se yuxtaponen al proceso de los mecanismos interiores económicos y geo-políticos. Hay un tipo de igualdad, en las comunidades de la vida, que el profesor Guilleaume defiende hace tiempo, y que ahora recoge en el libro que comentamos. Las comunidades vitales no son ningún descubrimiento moderno. Desde muy antiguo, desde el mundo clásico griego, están ofreciéndose como una solución. Los procesos históricos, económicos, raciales, etc., integran las comunidades vitales que no tienen por qué ser exactamente comunidades cualificadas por un solo principio, sino que son con preferencia resultado de la síntesis de todos los que se integran en la vida comunitaria de un conjunto humano. Estas comunidades vitales han tenido un amplio desarrollo entre los germanos e incluso en los pueblos latinos, y en todas ellas se da como ingrediente la superación del individuo en la persona. En la comunidad vital la persona vive de un modo propio porque está integrada en el conjunto al que realmente pertenece y que realmente le pertenece. Si estas comunidades vitales se construyen con libertad, la masa, en su sentido peyorativo, desaparecería por el logro de un principio nivelador que no estaría definido por la excesiva homogeneidad mecánica de la masificación.



de nuestro tiempo. Sin dejar de haber masa no habría «masificación». Sobre estas comunidades vitales, insiste Guilleaume, se puede construir un derecho electoral, unas formas públicas de vida que resuelvan los problemas que no han sabido resolver los tres principios clásicos desde los cuales se ha buscado la igualdad.

E. T. G.

HESNARD, Dr. A. : *Morale sans péché*, Presses Universitaires de France, París, 1954, 172 págs.

Un libro que escribe no un moralista, sino un psiquiatra, «sin ninguna preocupación ideológica». Con lo cual está dicho que se trata de algo así como de hacer una moral a base de medicina. En el fondo, eso es lo que termina reconociendo toda esta exposición, pero en la creencia de que únicamente ese camino es el que puede llevar a la creación de una auténtica moral. Como lugar de ingreso en esa moral se elige el pecado. Se trata de un lugar polémico a partir de donde llamar a cita las ideologías tradicionales que han pretendido servir de asiento a la ética y en función del cual mostrar su fracaso. Para conseguirlo con facilidad se empieza por utilizar el término pecado en un sentido laico, medicinal. Se le piensa como una cualidad morbosa, tanto como una cualidad ética. Y a una «moral del pecado», concebido en estos términos, se la define como mítica, torturadora, artificial, abstracta y de doctrina, a la que se contrapone una «moral vivida, del acto, moral concreta», donde no se toleren focos de reserva, mundos egocéntricos, «desvinculados de la acción».

Así las cosas, la tarea del autor se cifra en dos extremos: en señalar el fracaso hasta el presente de una auténtica moral de la vida, y en apuntar la esperanza y las condiciones de su futura realización. El desarrollo del primer punto le conduce a mostrar las razones de semejante fracaso, atribuyéndolo al hecho de haber sido siempre «condenada la naturaleza en nombre de una cierta Naturaleza abstracta, con lo que se pierde de vista el fin auténtico de la moral: la acción por el hombre» (pág. 25). El fundamento de ese presunto desvío se pone en las formas de enajenación que ha venido padeciendo el hombre, los diversos ideales a que ha servido en la historia, que no han hecho otra cosa que vaciarle de sí mismo. En el hueco así hecho en la vida se ha aposentado la conciencia pecaminosa, genio a la reserva, agresivo y negador. A construir esta conciencia contribuyeron por igual —se nos dice— el miedo a la trasgresión de una ley divina y las distintas formas secularizadas en que esa misma actitud se manifiesta, formas todas residuales de aninismos míticos. Frente a todo esto, se intenta «desplazar el acento de las preocupaciones morales contrarias a la acción para colocarlas sobre el acto realizado, es decir, el acto por el hombre» (pág. 60). Lo que se pretende, pues, es liberar al hombre de sus prevenciones y reservas e insertarle con plena espontaneidad en la vida. «La moral concreta no se funda, se